

Aunque llueva Fuego

Primera edición: marzo de 2018

Diseño de cubierta: Luis Tinoco
Maquetación: Endoradisseny y Argos GP

Edición: Helena Pons
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2018, Beatriz Esteban Brau, por el texto
© 2018, Luis Tinoco, por la cubierta
© 2018, Patricia Esteban Brau, por la ilustración final
© 2018, La Galera, SAU Editorial por la edición en lengua castellana

Casa Catedral®
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com
facebook.com/lagalerayoung
twitter.com/lagalerayoung
instagram.com/lagalerayoung

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-10.003-2018
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-6357-5

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Aunque
buena
fuego



Beatriz Esteban Brau

LUNA  ROJA

*A Patri. Porque al final, no habrá grietas suficientes para rompernos.
Me tendrás siempre.*

Nota de la autora

Esta novela incluye contenido que puede herir la sensibilidad de algunas personas, relacionado principalmente con síntomas, comportamientos y pensamientos propios de un trastorno depresivo y con tendencias suicidas.

Si en algún momento te sientes identificado con estos pensamientos, cuéntalo. No te guardes el dolor que sientes, el dolor que no mereces, y pide ayuda. Consulta lo más rápidamente posible a un médico o a un psicólogo; si estás pasando por un periodo de desánimo, desesperanza o tristeza es posible que sufras depresión, pero puede ser tratada. Las cosas pueden cambiar y hay gente dispuesta a ayudarte.

No dudes en llamar al teléfono de la esperanza —gratuito y confidencial— si necesitas a alguien que te escuche y te guíe: **717 003 717** (<http://telefonodelaesperanza.org/llamanos>).



Primera parte

Ceniza

*There's no smoke without reason,
It's a sign there's something wrong.
In my lungs there's a poison
I've been breathing in too long.*

— ***Things We Lost in the Fire*, Janet Devlin**

Al contar tres

1950 - Después de ella

Dicen que son las decisiones que tomamos a lo largo de nuestra vida las que nos han llevado a donde estamos hoy. Pequeños momentos que se acumulan, desvíos que parecían no tener consecuencias, confiar en quien no debíamos. Todo se entremezcla y acaba guiándonos hasta el lugar donde estamos y hasta las personas que queremos. A veces nos aleja.

Me pregunto cuál de todas ellas fue la decisión que me hizo acabar de rodillas en aquella habitación, con las manos firmes alrededor de la pistola y la mirada perdida en el gatillo.

Aquella mañana no me levanté con ganas de morir.

Hice la cama, lavé los platos, preparé el café. Jem hizo *crêpes*; desayunamos con la radio de fondo y me hizo reír. Me apretó la mano antes de marcharse al salón; era su manera de decirme que seguía aquí, conmigo; que su pulso era real y el tacto de su piel no había cambiado, aunque a mi alrededor todo lo demás sí lo hubiera hecho.

Cuando volví a la habitación, pensé que todas aquellas pequeñas decisiones eran la causa de que Jem estuviera dos pisos más abajo, leyendo el periódico; de que su armario se encontrara abierto, su maleta desplegada y la pistola, que había prometido no usar, a la vista, llamándome.

La casa entera estaba en silencio, pero si aguzaba el oído podía llegar a escuchar el crujido de la madera bajo mis pies, las ruedas de los coches cruzando la calle, el murmullo de la radio en el salón. El sol entraba a raudales a través de la ventana, bañando las tablas del suelo. El tiempo parecía prometer que las cosas irían mejor.

Pero estaba cansada de esperar, de creerme esas mentiras, de que día tras día el dolor no hiciera más que agrandarse.

Tomé la decisión de morir con la misma calma con la que había elegido tomar *crêpes* en el desayuno. Una mueca, a la que meses atrás hubiera llamado sonrisa, cruzó mi rostro.

Podía hacerlo.

Podía poner fin a aquella pesadilla. Podía hacer que mi cabeza callara en sólo un segundo; no sufriría más, Jem no sufriría más. Acabaría con mi existencia con la misma quietud con la que la lluvia borra las huellas del barro.

Sólo tenía que apretar el gatillo; sólo eso.

Sólo tenía que apretar el gatillo al contar hasta tres.

—Uno... —Antes de que me diera cuenta, el arma descansaba sobre mi sien. Mis manos empezaron a temblar en el último esfuerzo de mi cuerpo por detenerme. Pero no quería. No podía.

Cuando me fuera, el mundo tendría una persona menos de la que ocuparse. No más problemas, no más accidentes, no más dolor. Además, nadie notaría mi ausencia. ¿Quién me quedaba aquí? ¿Quién me iba a echar de menos? ¿A quién le importaba la vida de una asesina?

—Dos...

Y entonces los ojos de Jem Favre volvieron a cruzar mi mente, como aquella primera vez. El ámbar de sus iris me recordó al color de la luz que se colaba entre las cortinas. Los dos prometían lo mismo: vendrán tiempos mejores, aún hay esperanza, quédate, quédate, quédate. Imaginaba que Jem me miraba, otra vez, como si a través de las pupilas pudiera escuchar todo lo que se cruzaba por mi cabeza. Me suplicaba que me quedara, me acunaba entre sus brazos, me repetía que todo iría bien.

Pero no era cierto.

Tenía a mi familia esperándome al otro lado del disparo. Aquí sólo me quedaba Jem; y Jem sobreviviría, lloraría y con el tiempo se daría cuenta de que vivir conmigo no era vivir. Encontraría a alguien que no le obligara a huir y viviría una vida larga, plena y feliz. Segura. Lejos de desastres, lejos de la muerte, lejos de mi recuerdo.

Noté que se me formaba un nudo en la garganta y apreté más los dientes. No podía echarme atrás ahora.

—Tres.

Se oyó un estallido y cerré con más fuerza los ojos, esperando que la muerte se apresurara en llevarme.

Pero no lo hizo. No se disparó ninguna bala ni llegué a apretar el gatillo. A mis ojos todo ocurrió a cámara lenta: la pistola comenzó a sacudirse y se resquebrajó en medio segundo, deshaciéndose como si fuera nieve al llegar la primavera. Las piezas rasgaron mi piel, cayeron y repicaron contra el suelo, pero no dejaron de temblar.

Miré mis manos, pálidas y surcadas de sangre. No sabía si temblaba por culpa de las heridas o si estaba preparándome para destruir algo más. Noté el frío de las lágrimas cruzando mis mejillas.

Lloré, lloré y sentí como no lo había hecho en semanas.

Tendría que estar muerta y, sin embargo, parecía que yo misma me había salvado sin mi permiso. Había destruido objetos, memorias y vidas, pero era incapaz de acabar conmigo.

No debieron de pasar más de unos pocos segundos cuando Jem entró en la habitación, aunque a mí me parecieron horas. Gritó mi nombre y corrió a rodearme entre sus brazos, apartando el metal del suelo.

—Ari... —Sus manos acariciaron mi pelo. Él también temblaba—. Arielle, ¿qué...?

—Lo siento —murmuré, con la voz quebrada. No podía decir nada más—. De verdad que lo siento. Sólo quería que esto acabara.

Si le hubiese mirado, me habría dado cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas. Si hubiera abierto más los ojos, habría visto el dolor y el amor en los suyos. Él se quedó callado, consciente de que nada de lo que dijera podría arreglarme. Le bastó con abrazarme más fuerte, intentando juntar de nuevo todos mis pedazos rotos.



Jem no se apartó de mí en lo que quedó de día. Estuvo ahí mientras me curaba las heridas de las manos y recogía los restos de la pistola; mientras me duchaba y me vestía. Me miraba en silencio, temiendo que sus palabras fueran las equivocadas. No salimos a cenar, como teníamos pensado. Cuando se hizo de noche volvimos a la habitación, apagamos las luces, me deseó buenas noches y me dejé caer sobre la almohada. Él se hizo el dormido, aunque supe que contaba cada una de mis respiraciones. Se había deshecho de cada objeto punzante de la casa, de cada pastilla, de cada esquina, de su pistola. No era de extrañar que ahora no fuera capaz de apartar los ojos de mí.

«No voy a marcharme, Jem», quise decirle, pero conocía demasiado bien la sensación de querer quedarme cuando amanecía y querer marcharme cuando todo empezaba a oscurecer. No quería hacer promesas vacías.

No tardé en rendirme a los brazos de Morfeo, aunque me hubiera gustado no hacerlo. Mis sueños se llenaron de sangre, ojos vacíos, objetos alzándose en el aire y explotando. Oía mi propia voz gritando «Lucie», y luego cientos de horrores desfilaban ante mí, recordándome todo lo que había hecho.

Abrí los ojos para verme de nuevo rodeada de oscuridad, una que al menos me hacía sentir más segura que toda la luz que veía cuando no estaba despierta. Tenía el pulso acelerado y la frente empapada en sudor frío.

«Todo ha sido un sueño, no es real, estás a salvo», me repetía, una y otra vez. Pero también había una segunda voz: «Aunque luego nadie pueda salvarte de ti misma».

—¿Arielle?

Escuché cómo Jem se daba la vuelta hacia mí; el sonido de los muelles cediendo a su peso.

—¿Te he despertado? —murmuré, tratando de no alzar la voz.

—Era otra una pesadilla, ¿verdad?

Mi silencio bastó para contestarle.

—¿Lucie? —preguntó.

—Lucie.

Me encogí más sobre mí misma, tratando de apartar los recuerdos. Jem suspiró y se deslizó entre las sábanas para acercarse más a mí. Empezó a acariciarme el pelo sin decir ni una palabra.

—No fue culpa tuya —susurró.

Apreté los labios.

—Jem...

—No fue culpa tuya —repitió—. No fue culpa tuya, Arielle.

Ojalá sus palabras bastaran.

—No quiero volver a dormir —dije en un susurro casi inaudible. Pasó un brazo por encima de mi cabeza, haciendo que fuera más fácil acomodarse en su pecho.

—Entonces me quedaré despierto contigo.

—¿Te apetece hablar?

Después de tantas semanas de silencio, noté cómo el corazón de Jem se aceleraba.

—¿De qué? —Tragó saliva—. Arielle, después de lo que ha pasado hoy... Quizás deberías... Deberíamos visitar a un médico o...

Sacudí la cabeza con fuerza.

—No, no quiero hablar de nada de eso.

—No podemos fingir que no está pasando, Ari.

—*Ahora* no está pasando. Por favor, sólo... Sólo hazme olvidarlo. Finjamos durante un momento que no tenemos nada de lo que preocuparnos, que aún quedan detalles más importantes que conocer que todo lo que guardamos dentro. —Solté el aire que estaba conteniendo—. Cuéntame algo que no sepa de ti.

El pecho de Jem descendió lentamente y su brazo me acercó más a él. Con un suspiro, empezó a hablar:

—La primera novela que escribí se llamaba *Limón* —Arqueeé una ceja. Por la suave carcajada del chico, supuse que la oscuridad no era tanta como para no verme—. Sí, *Limón*, como la fruta. Era el nombre de un pueblo mágico que volaba sobre las nubes. Tenía diez años, no me lo tengas muy en cuenta. —Su sonrisa se ensanchó—. Puede

que no fuera el mejor novelista del mundo, pero imaginación no me faltaba.

La voz de Jem tenía la magia de poder calmarme. Sentí cómo el miedo iba abandonando mi cuerpo poco a poco, cómo mi respiración se ralentizaba y los brazos del joven me parecían cada vez más seguros.

—Ahora te toca a ti —dijo.

Respiré hondo, tratando de ordenar todas las palabras que se enredaban en mi mente. Salieron las únicas que oía con claridad:

—Siempre pensé que era una asesina, que todo fue mi culpa. —El silencio cayó sobre nosotros como una losa y el cuerpo de Jem volvió a tensarse—. Y ahora... —Volvió el nudo en el estómago y sacudí la cabeza—. Olvídalo, todo esto ya lo sabes. He dicho que no quería hablar de estas cosas, pero parece que traicionarme se me da demasiado bien.

Sus dedos volvieron a enredarse en mi pelo. Jem Favre era la única persona que conocía capaz de comunicarse usando el silencio. Algunos silencios suyos raspaban y dolían, otros parecían frenar el tiempo y abrir una ventana a su mente. Podías escuchar lo que no decía por no tener palabras, podías sentir lo que él sentía.

Aquel silencio primero fue un pésame, luego fue un beso.

—Siento mucho que estés sufriendo así.

Busqué su mirada en la oscuridad. No tendría que haber dicho eso. No tenía que fingir estar de una pieza, no conmigo.

—Me toca a mí todavía, ¿verdad? —dije, incapaz de contestarle. Si íbamos a fingir los dos, le demostraría que yo también podía.

Me quedé callada más tiempo del que debería. Traté de apartar los recuerdos que no me dejaban dormir y busqué en mi memoria aquello que me sacaba una sonrisa cuando era niña. No existían muchos recuerdos así.

—Me gustaba mucho escuchar *jazz*.

Niña de la guerra

1945-1955 - Muchos años
antes de ella

Me gustaba escuchar *jazz*, quizás porque siempre me lo prohibieron.

Mi madre odiaba que me llamara así, pero siempre me consideré «hija de la guerra». Nací en medio de aquel infierno como un débil recuerdo de que los humanos todavía podían crear y dar vida. Nací para darle una razón a mi madre por la que seguir adelante; para que la lucha de mi padre llegara a los oídos de alguien, para recordarle. Para que la familia Larue no desapareciera.

Tenía sólo cuatro años cuando la guerra acabó y no pasó un solo día en el que no diera las gracias por no recordar bien aquellos tiempos. Tenía suficiente con escuchar las historias que mi madre contaba y las amenazas de mi abuela. Mis recuerdos eran distintos. Recordaba el hambre que siguió a los meses de guerra, y cómo no supe lo que era el chocolate hasta que cumplí seis años. Recordaba a todos los padres, los tíos y los hermanos que nunca volvieron a casa. Recordaba el silencio sepulcral y herido de las calles, y cómo los llantos sólo se escuchaban tras las puertas de las pocas casas que aún se mantenían en pie. Recordaba los hombres que volvían sin un brazo, o ciegos, o mutilados. Recordaba el vacío que dejaron los que no volvieron.

No recordaba a mi padre, pero mi madre se encargó de que él viviera en mi memoria. Me hablaba de cómo siempre le regalaba rosas blancas, de cómo merendaban juntos a escondidas, en una cafetería de Toulouse, y convirtió todas las historias en cuentos de hadas.

Pero para mí, mi padre siguió siendo inalcanzable. Era sólo eso: un mito, una historia, un cuento. No era capaz de imaginar su rostro, por mucho que mi madre me recordara día sí y día también que tenía sus mismos ojos. «Los iris verdes son los menos comunes, ¿sabes?», decía. «Y más cuando son tan oscuros, como un bosque al anochecer. Tus ojos son un regalo.»

Cuando crecí, mis ojos dejaron de ser un regalo y se volvieron una maldición. Mi madre nunca me veía a mí; veía a mi padre.

—¿Cuándo volverá papá? —le pregunté una noche.

Tenía cuatro años y a mi alrededor el mundo era cada día más retorcido. Veía a niños como yo llorando por un padre a quien no volverían a ver, a los huérfanos pedir comida en las calles y a mujeres abrazando a los hombres que volvían de la guerra. Cada mañana me preguntaba en quién de ellos me convertiría yo.

—No lo sé, Ari. Papá está siendo valiente por nosotras dos.

—Pero la gente está volviendo ya. ¿Por qué él no? —Mi pequeña cabeza no lograba comprenderlo. Sólo sabía que echaba de menos a alguien a quien jamás había conocido—. ¿No tiene coche? ¿No podemos ir a por él?

—No, Ari, no podemos.

—Quiero que vuelva, *maman*.

—No puede volver —dijo mi madre, con la voz quebrada. Lloraba—. No va a volver.

Creo que aquella fue la primera vez que sentí el dolor de la pérdida. Mi padre jamás pisaría de nuevo nuestra casa ni llegaría a verme crecer. Nunca vería a su hija, no se reiría de las pecas que decoraban mi nariz como decoraban la suya, no volvería a preparar tostadas, no volvería a abrazar a su mujer. No regresaría.

A los cuatro años debería haberme preocupado por perder mi yoyó o hacerme una herida en la rodilla, pero los niños de la guerra no teníamos esa suerte.



Las noches de *jazz* y cuentos se acabaron el día que Edith Larue se instaló en nuestra casa.

Cuando mi abuela se enteró de la muerte de su único hijo, y sabiéndose viuda, decidió venir a vivir con mi madre y conmigo. Desde el primer día llenó nuestro pequeño hogar con aires de grandeza. Con el dinero que trajo desde París —donde había vivido los últimos años— nos compró vestidos nuevos y arregló algunos de los desperfectos de la casa. La herencia de mi abuelo la había dejado con una buena reserva de dinero —no podía considerarse la más adinerada de Arcueil, pero, por lo menos, ya no pasábamos hambre; al reparto de pan y arroz se le habían unido pequeños caprichos, como legumbres o carne—, y prefirió invertirlo en el futuro de la familia Larue. Nunca confió en que mi madre fuera capaz de educarme sola.

Así, después de haber conocido únicamente la vida de la guerra, tuve que acostumbrarme a la paz y a la presencia de mi abuela. Mi familia se había reducido a nosotras tres: no quedaban hombres; no quedaban abuelos maternos, ni tíos, ni primos, ni hermanos.

Mi abuela fue la encargada de «educarme» como una verdadera señorita; falda por debajo de las rodillas, calcetines largos, barbilla erguida, libros sobre asuntos que no entendía que habían rescatado de entre los escombros, sonrisa forzada y gestos delicados. Ni un sólo mechón suelto en mi peinado. Edith suspiraba porque su nieta fuera una copia perfecta de lo que entonces era ella: una mujer fría, dura como la piedra, con el cabello níveo siempre recogido y las manos entrelazadas sobre el abdomen.

En cambio, mi madre era la mujer que yo buscaba ser: profesora de primaria durante el día, cuentacuentos cada noche. Me traía chocolate para merendar y bailábamos a escondidas las tardes que la abuela salía de casa. Me hacía trenzas, me leía libros, me enseñaba canciones. Me daba vida.

Con el paso de los años, la paz se fue asentando en Francia, dándonos una nueva oportunidad de empezar de nuevo. Pero aún era normal tener pesadillas.

Aquella noche desperté con un grito y la frente empapada en sudor. Me llevé una mano al pecho y alargué la otra hasta encender la lámpara de la mesita. La fina línea entre la vigilia y el sueño pareció difuminarse cuando la luz inundó mi habitación.

Los pocos libros que llenaban mi estantería habían acabado por los suelos; el cristal de mi ventana estaba roto, las cortinas se balanceaban movidas por la brisa nocturna. Corrí hasta la ventana esperando ver el destrozo de las bombas, con el corazón palpitando en mi garganta. No se oían las sirenas ni las explosiones. Arcueill dormía. La guerra había terminado diez años atrás.

Retrocedí un paso.

—¡Ah! —Me mordí el labio al notar cómo un trozo de cristal se me clavaba en el pie. Pero cuando bajé la mirada me di cuenta de que esa no era la única herida que sangraba.

Tenía sangre en las manos.

La puerta de mi cuarto se abrió antes de que me diera tiempo a mirar de dónde venía. Mi madre ahogó una exclamación al ver el desastre de la ventana; los cristales brillando, los libros abiertos esparcidos por el suelo, la cama deshecha.

—Arielle, ¿qué ha pasado?

Corrió hacia mí y me obligó a darme la vuelta, con las manos en mis hombros. Sus ojos escrutaron los míos, llenos de miedo, y su mirada bajó por mi rostro como si intentara asegurarse de que cada peca seguía en su sitio.

Me esforcé por hablar sin que los labios me temblaran.

—Tenía una pesadilla y... Cuando me he despertado, todo esto... —Tragué saliva, tratando de poner en orden mis ideas—. Creo que alguien ha entrado por la ventana. No lo sé, no he visto nada...

—Ten, te está sangrando la nariz —dijo, ofreciéndome la punta de su camisón. Se dio cuenta del miedo con el que miraba mis manos—. La sangre no hiere, Arielle. Tranquila.

—Deberíamos llamar a la policía. Puede que sea un ladrón, que siga en casa...

Mi madre sacudió la cabeza, apartándome el cabello con cariño.

—Es un tercer piso, Ari, aquí no ha entrado nadie. Y si lo hicieran, no encontrarían nada de valor.

—Pero la ventana...

—Mañana lo arreglaremos todo, ¿de acuerdo? —Sonrió, pero no fue capaz de calmar mi miedo—. Si así te quedas más tranquila llamaré a la policía, pero creo que deberías dormir. ¿No estás cansada?

Bajé la mirada al suelo. Las manos todavía me temblaban y sentía cómo todo mi cuerpo luchaba por mantenerse en pie, pero el corazón seguía palpitándome demasiado rápido como para dormirme.

—No quiero dormir.

La sonrisa de mi madre se aflojó, acercándose más a una mueca triste.

—Entonces yo tampoco dormiré. —Me dio un beso en la frente—. Pero tenemos que irnos de aquí antes de que tu abuela se despierte, ¿vale?

—Ya estará despierta.

—No es la primera vez que gritas en sueños, a eso está acostumbrada. —Me acarició la mejilla con el pulgar—. No hace falta que se preocupe por nada de esto. Lo entiendes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y junté las manos, tratando de imitar a mi madre. No entendía cómo podía estar tan tranquila ante la amenaza de que un desconocido se hubiera colado en nuestra casa. Tenía a su hija temblando, con sangre en las manos y esquirlas de cristal a su alrededor. Cuánta desgracia habría visto en su vida para volverse inmune a esto, pensé.

—¿Por qué no tienes miedo? —pregunté—. Puede que haya alguien en casa, está todo destrozado y...

—No hay nadie en casa, Ari, y no hay nada que no se pueda arreglar. Lo importante ahora es que descanses. ¿Quieres dormir en mi habitación?

Eché un último vistazo a mi cuarto. La brisa todavía entraba por el ventanal, haciendo que unos tirabuzones de pelo cobrizo cruzaran mi cara y moviendo las cortinas como si fueran fantasmas.

Asentí débilmente y di un paso adelante, pero el dolor de la herida me frenó. Mi madre bajó la mirada.

—Primero te curaré eso. Venga, apóyate en mí —dijo mi madre, y yo le hice caso, tratando de obviar la marca de sangre que dejaba atrás—. Y, Arielle —añadió, una vez cruzamos la habitación—, la próxima vez que te veas teniendo una pesadilla, intenta despertar antes. Aférrate a la realidad.



Mi abuela llevaba más de once años en casa y no recordaba una sola semana en la que no discutiera con mi madre. Yo solía hacer oídos sordos; a los pocos minutos cada una volvería a sus quehaceres.

Pero la mañana siguiente a esa pesadilla, mi curiosidad fue demasiado grande como para no asomarme.

Mi madre estaba cruzada de brazos y con la mirada clavada en el suelo. Llevaba el pelo suelto, liso y largo cayendo hasta la mitad de la espalda, con el flequillo sobre los ojos y el delantal lleno de tierra. Seguramente había estado trabajando en el jardín antes de que mi abuela la encontrara.

—Denise, debes de pensar que soy muy tonta si esperas que me crea eso.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Al contrario. Pensaba que después de tanto tiempo tendrías un poco más en cuenta mi palabra. —Suspiró—. ¿Cuándo fue la última vez que te llevé la contraria en este asunto?

—No lo sé, eso tendrías que decírmelo tú. ¿Anoche, quizás?

Mi madre se puso de pie súbitamente, apretando los puños.

—Sabes que lo último que querría es hacerle daño a Arielle.

—Pero quién sabe qué es lo que quiere ese demonio tuyo.

Maman abrió la boca para contestar, pero se detuvo cuando vio que me asomaba por la puerta.

—Estaba buscando un lápiz —dije atropelladamente, notando cómo me ruborizaba—. Para dibujar.

—Ve al estudio, Arielle —contestó mi abuela, con una mueca de enfado—. Y no te metas donde no te llaman.

Mi madre levantó la cabeza y bajó los párpados con un suspiro. Era su manera de decirme «obedece a tu abuela, Ari, por el bien de todas». Notaba cómo la rabia que había ido hirviendo durante la discusión comenzaba a difuminarse, dando paso a la rendición.

Asentí con la cabeza y me volví, también cabizbaja.